

rencias menos sensibles y á no fijarse más que en las semejanzas salientes. Estas semejanzas se nos presentan poco á poco como lo esencial, las diferencias como lo accesorio, y con arreglo á las semejanzas reunimos los fenómenos en una representación única que abarca todos los fenómenos concretos particulares. Esta representación sintética constituye la abstracción; está formada por el mismo procedimiento que emplea la fotografía compuesta de Galtón y de Spencer y tiene la misma significación. Es sabido que las fotografías de Galtón se obtienen colocándo sucesivamente ante el objetivo de un aparato fotográfico cierto número de fotografías de las mismas dimensiones y exponiéndolas durante el mismo tiempo y en condiciones idénticas de distancia y de iluminación; la placa sensible queda impresionada de una manera idéntica por cada una de ellas; los rasgos comunes á algunas de las fotografías ó á todas se añaden unos á otros sobre la placa sensible reforzándose mutuamente y resaltando así con mayor relieve, mientras que los rasgos que se encuentran más raramente ó una sola vez dejan una huella más débil ó completamente insignificante é imperceptible. La imagen así obtenida es una suma de imágenes aisladas; presenta una semejanza remota con cada una de ellas, pero no es parecida á ninguna; muestra un esquema ideal de las fotografías que han servido á su producción, pero no reproduce ningún aspecto real. Galtón esperaba obtener con su método importantes enseñanzas; no puede suministrar ninguna, puesto que permite la síntesis de todos los fenómenos posibles que siempre tendrán algo común, sin que este rasgo sea necesariamente esencial para uno cualquiera de entre ellos. Ahora bien, una síntesis que es capaz de reunir los componentes escogidos de la manera más arbitraria es un mero entretenimiento que puede ser divertido, pero no nos enseña acerca de los elementos componentes nada que merezca ser tenido en cuenta. La abstracción reúne también por su parte rasgos aislados de una serie de fenómenos concretos, cuyos rasgos no necesitan más que ser los que más resalten, pero no son necesariamen-

te los más importantes. La abstracción resulta así de una selección inconsciente operada entre los elementos del fenómeno, algunos de los cuales se conservan y otros son desechados; es una interpretación y supone por ende una opinión ya preexistente, un juicio de valor sobre lo que es importante y sobre lo que no lo es en un fenómeno y arregla la apercepción según necesidades subjetivas que la falsean y la deforman y constituyen por este hecho una fuente de errores que fluye sin parar. El pensamiento abstracto es una necesidad biológica porque ahorra al cerebro mucho trabajo difícil y le coloca solamente en la posibilidad de formar con las apercepciones aisladas una imagen coherente del mundo que tenga un sentido racional. Pero esta ventaja no se obtiene más que á costa de grandes perjuicios. El pensamiento abstracto es ciertamente cómodo puesto que dispensa del esfuerzo que exige la atención concentrada en el curso de la observación y de la comprensión de la realidad, pero pierde en certeza lo que gana en facilidades. Se desvía demasiado fácilmente del fenómeno concreto, del solo que es objetivamente verdad y crea en la conciencia la ilusión subjetiva en vez de proporcionar el conocimiento. La facultad de la abstracción adquirida por el espíritu ha sido un arma de dos filos; cuanto más el hombre piensa en concreto, más grande es el poder que adquiere sobre la realidad. Precisamente parándose con sorpresa ante las pequeñas diferencias que existen entre fenómenos similares, diferencias que la abstracción creía poder pasar por alto, es como se ha logrado llegar á algunos de los descubrimientos más importantes; así es como Ramsay ha hallado en el aire el argon, el neon, el xenon y el helio, así es como Curie y su mujer han revelado el radio en el mineral uránico y como Javillier (1) ha comprobado que una unidad de peso del zinc cuya significación en la vida de las plantas se igno-

(1) Javillier, *Recherches sur la présence et le rôle du zinc chez les plantes*, Paris, 1908.

raba totalmente, determina en el *aspergillus niger* la producción de cien mil unidades de peso, etc.

La desconfianza que merece la abstracción está todavía más indicada en lo que concierne al pensamiento analógico y á la intuición. Estos dos métodos de trabajo intelectual se convierten también por su parte, para la conciencia, en una fuente de representaciones y de juicios que toma como si fueran conocimiento; presentan también caminos cómodos, fáciles de seguir, pero llevan también con demasiada frecuencia á los pantanos sin salida del error y de la ilusión. Ciertamente la conclusión por analogía y la intuición encierran un pequeño núcleo utilizable; cuando dos fenómenos presentan una semejanza parcial nos inclinamos á referir esta semejanza á una causa que suponemos común á estos dos fenómenos y á admitir entre ellos un parentesco que rebasa de la semejanza visible. De esta manera lo conocido podría llegar á ser la clave de lo desconocido y la conclusión por analogía adquirir un valor heurístico. Pero cuando se quiere dejarse guiar por la analogía, hay que rodearse de las más grandes precauciones; hay que recordar constantemente que las semejanzas de los fenómenos tienen sus causas, lo mismo que las semejanzas tienen las suyas, que aquéllas son de naturaleza á probar sus diferencias y el hecho que son ajenas las unas á las otras, tan seguramente como éstas su parentesco, y que identificar fenómenos á causa de algunas semejanzas y á pesar de la existencia simultánea de desemejanzas es un error de lógica, y que se debe en todas las circunstancias examinar gnosológicamente la cuestión de saber si las semejanzas mismas no son una simple apariencia engañosa, una disposición, una acentuación, una interpretación subjetivas de los fenómenos que tienen sus razones en nuestros hábitos de pensamiento, y un efecto de una observación inexacta. Si dos fenómenos se nos presentan como semejantes porque los hemos observado mal á los dos ó porque hemos añadido á los dos el mismo rasgo subjetivo tomado en nuestra propia conciencia, rasgo que ninguno de ellos po-

see en realidad y que por sí solo les hace semejantes, entonces partimos de un error y venimos á parar á un error deduciendo de uno de estos fenómenos conclusiones que pretendemos aplicar al otro, á causa de una semejanza que no existe objetivamente. La intuición puede también por su parte servir de guía, puesto que después de todo, nuestra propia conciencia es el solo fenómeno del mundo que vemos desde dentro; en dicha conciencia sorprendemos movimientos que no podemos percibir en ninguna parte fuera de este sitio único y que en cualquiera otro sitio permanecerían por siempre ignorados para nosotros; si nos fuera posible poner estos movimientos que conocemos de nuestra conciencia en relación con estados y procesos que se produjeran fuera de nosotros, adquiriríamos un conocimiento de estos que ningún otro procedimiento sería capaz de suministrarnos. Pero en esto el gran peligro es que una verificación de las relaciones que presentan nuestras intuiciones, es decir los movimientos rigurosamente subjetivos de nuestra conciencia con un estado objetivo del mundo es rara vez posible, y que nunca podemos saber por esta razón con certeza cual es el valor objetivamente cognitivo de nuestras intuiciones subjetivas.

El hombre de *élite* es muy especialmente un hombre de realidad; apenas si conoce la voluptuosidad del ensueño halagador. Su fantasía no se pierde en lo azul, en las nubes, en un mundo fuera del tiempo y del espacio; su pensamiento no opera con simples espectros verbales ó con abstracciones vaciadas de todo contenido concreto, lo que les permite cernirse y revolotear con la ligereza de una pluma empujada por el viento por encima de lo real. Para su atención el fenómeno no presenta nada que no sea esencial, no deja perderse ningún rasgo, trata de comprender ó por lo menos de enterarse de cada uno de ellos y prefiere confesar la existencia de lagunas en su conocimiento antes que ocultarlas falazmente bajo palabras vacías de sentido ó bajo patrañas arbitrarias. Prudentemente y con seguridad asciende desde los

hechos sensibles á sus causas y deduce sus efectos á los cuales puede de antemano adaptarse con ventaja para él. Se encuentra así frente á la naturaleza como un duelista hábil que conoce el método de combate de su adversario, prevé y para fácilmente sus golpes, y en la concurrencia vital con el hombre ordinario cuyo pensamiento está lleno de abstracciones y de palabras vacías de representaciones, posee la superioridad del combatiente armado y apercebido sobre un adversario desarmado y ciego.

Entendámonos bien: la especie no se compone de dos razas distintas, del hombre ordinario de una adaptabilidad lenta y del hombre de *élite* hábil para adaptarse; existen entre estos dos tipos transiciones innumerables y las diferencias no se hacen notar sino cuando se compara á dos de sus representantes separados ya por una distancia bastante grande. Pero el hombre escogido se eleva tanto más por encima del término medio cuanto su atención, primera manifestación de la energía innata de su voluntad, es más perseverante y más concentrada, el contenido de su conciencia es más concreto, la parte de realidad que encierran sus juicios es más grande, es más capaz de remontarse más allá y en direcciones más exactas á las causas de los fenómenos y de prever sus efectos, el número de razones determinantes que es capaz de desentrañar y distinguir con precisión en la complicación de los fenómenos y en sus acciones recíprocas es más considerable, la época en la cual sus asociaciones se organizan rápidamente y le retienen en hábitos rígidos es más tardía, la capacidad de adaptación flexible con la cual responde á todos las variaciones del mundo que le rodea persiste más tiempo, la independencia por consiguiente con la cual adopta resoluciones nuevas es más completa y el vigor con el cual estas decisiones se exteriorizan en acciones es más notable.

Estas facultades destinan al hombre superior al papel de amo; á él se aplican las palabras de Hobbes sobre «el dominio natural de la fuerza, es decir de ciertos individuos que

la condición de su cerebro constriñe á mandar». No puede declinar este papel, aunque lo quisiera; le es impuesto; no podría sustraerse á él más que llevando una vida solitaria, lejos de sus congéneres, á la manera de un Robinson Crusoe ó de un Timón de Atenas, ó bien viviendo en medio de individuos de su propio tipo con las mismas aptitudes orgánicas que él, condición que no se encuentra realizada fácilmente puesto que el hombre superior no surge en la muchedumbre sino aisladamente y á título de excepción rara. Los hombres ordinarios pueden no apreciar al pensador y al soñador, carecer de comprensión para las meditaciones sutiles del filósofo y las creaciones de la imaginación artística; pero el hombre de juicio y de voluntad que reobra contra cada nuevo fenómeno con una decisión personal también nueva, á ese le reconocen inmediatamente é inclinan humildemente su cabeza ante él. Cuando en una situación que exige nuevas adaptaciones descubren entre ellos alguno que sabe mandar, se estiman felices obedeciéndole. Tienen tan clara conciencia de su impotencia en medio de los cambios continuos del ambiente eternamente en movimiento, de las imperfecciones de su conocimiento, de la lentitud y de la pesadez de su orientación, que se consideran dichosos al precipitarse detrás del hombre que atraviesa por el mundo y la vida con la seguridad de un viajero familiarizado con los caminos. Sienten como un beneficio sus órdenes y sus exigencias puesto que se hallan de este modo dispensados de la necesidad de elaborar por sí mismos juicios y de combinar actos. Ahora bien, nada más penoso para ellos que esta función cerebral y bendicen como á un salvador al que les evita este trabajo. Todo esfuerzo corporal, toda privación, toda miseria, todo peligro que el amo les impone les parece siempre más fácil y más agradable de soportar que el esfuerzo doloroso de la determinación autónoma, que la angustia que experimentan al pensar que tienen que orientarse en el mundo sin guía. El hombre de acción que mande con una seguridad inquebrantable, cuyas órdenes no dejan transparentar la menor se-

ñal de duda, de vacilación ó de incertidumbre, se apodera de los hombres ordinarios por decirlo así en cuanto se ponen en contacto; vuelan éstos hacia él atraídos por un sentimiento que no engaña. Este fenómeno se observa lo mismo en los pequeños que en los grandes círculos, en la familia, las asociaciones, las reuniones, las corporaciones, las colectividades insignificantes é importantes; en cuanto hay alguien que se ofrece á asumir una responsabilidad, todos los demás se apresuran á descargar la propia suya sobre sus hombros; en cuanto alguien se pone resueltamente á la cabeza, todos los demás marchan detrás de él. Para ser reconocido como jefe no hay más que marchar audazmente hacia adelante; la muchedumbre no le pregunta acerca de su objeto, le concede la confianza de que conoce ese objeto y eso le basta. Puede llevarla á pantanos y á abismos, sigue impertérrita sus pasos y hasta cuando se asfixia y se ahoga ó rueda al fondo del abismo, los miembros rotos, no le asalta todavía la duda de si ha puesto su confianza con acierto. Suponiendo que la muchedumbre se dé alguna cuenta de las causas de su perdición, sucumbe con la convicción de que es víctima de un accidente desgraciado de que en manera alguna es culpable el jefe. Cuanto más audaces y desmesuradas son las exigencias del que manda, más se le admira, más el entusiasmo que despierta en los que le obedecen es grande. El hecho que no pueden ni abarcar con la vista ni concebir sus intenciones es para ellos una garantía especial de su grandeza. No se muestran propicios á los sacrificios pequeños; pero que aquél en el cual han reconocido un amo exija de ellos por lo contrario los sacrificios más grandes y más extremados y hasta ellos se elevan con una alegría orgullosa á causa de la grandeza del sacrificio, con admiración de sí mismos y adoración agradecida hacia el que ha sabido hacerles realizar hazañas sobrehumanas. Con frecuencia el hombre ordinario realiza por orden acciones brillantes que ni siquiera se atrevería á soñar realizar nunca por su propia iniciativa y de las cuales las gentes atribuyen no sin razón el mérito no al ejecutor obediente

sino al amo sin escrúpulos. El hombre de voluntad y de acción se presenta ante el hombre ordinario como un sér de una especie superior, exteriormente próxima, pero interiormente inaccesiblemente distante, familiar como sus semejantes, inconcebible como un dios, un foco de irradiaciones misteriosas á la vez seductoras y espantosas; y los sentimientos que el hombre ordinario experimenta hacia él son del mismo orden del que las fuerzas formidables de la naturaleza y los enigmas insondables del Universo habían inspirado á sus remotos antepasados: terror, admiración, impulso irresistible á humillarse ante él y adorarle postrados de hinojos. El culto del héroe constituye un instinto primordial del alma humana y tiene sus raíces en el mismo suelo en que ha brotado la religión: es una divinización del poderío de la naturaleza ante la cual el hombre se reconoce miserablemente pequeño é impotente; es una forma de la religión. Todo grande hombre de voluntad y de acción es un fundador de religión sin quererlo; el fundador de una religión de la cual es el dios. Lo es para los que se dejan dominar por el constreñimiento de su voluntad y reciben con humildad y agradecimiento sus destinos de su mano. Los tiranos, los conquistadores, los caudillos han sido el objeto de la veneración más ardiente de sus subordinados que han soportado con una alegría extática todos los males que les han impuesto sus ídolos. De rodillas y juntas las manos, tal es la actitud natural del hombre ordinario con respecto al que, seguro de sí mismo, sabe mandar; no trata de desentrañar de qué fuentes psíquicas emana la manifestación enérgica de la voluntad. Un loco cuya voluntad morbosamente exagerada bajo la influencia de un delirio no repara en ninguna consideración y no le detiene ninguna representación racional encuentra los mismos admiradores entusiastas y los mismos partidarios fanáticos que el genio más sano y más armónico, con la sola condición que su locura no se manifieste bajo una forma que el mismo profano reconozca fácilmente y aún á veces así y todo. Basta con recordar para no citar más que algunos ejemplos, á Juan de Ley-

de, Carlos XII de Suecia, el dictador argentino Rosas. Sólo las resistencias invencibles de la realidad abren los ojos á algunos de los adoradores entusiasmados y les permiten darse cuenta de si la voluntad de su idolo ha sido guiada por juicios racionales ó por ideas delirantes.

El apresuramiento precipitado de la masa á someterse á sus órdenes hace por otra parte surgir necesariamente en el hombre superior la convicción de que posee el derecho natural de emplear su voluntad para sus propios fines. La masa no dirige ni recibe de él ninguna otra consideración que á lo sumo la de una administración inteligente y el cuidado solícito de una propiedad productiva; se abstiene sencillamente de agotar el suelo y de matar demasiado pronto á la gallina de los huevos de oro. El hombre superior destinado al mando es por toda su constitución orgánica no un altruista, sino un egoísta. Cuando manifiesta su voluntad es en provecho suyo, no en el de la masa. Sucede á veces que una migaja cae también para ésta; pero no es más que un efecto secundario de actos cuya intención y objeto eran la satisfacción de las necesidades propias del hombre superior. Si la muchedumbre glorifica á pesar de todo á ciertos amos como bienhechores y les atribuye un amor especial hacia ella, practica el mismo antropomorfismo candorosamente vanidoso que cuando imputa al sol que alimenta toda vida sobre la tierra una intención conscientemente benévola de conceder á la humanidad la dicha del calor y de la luz. La masa transpone sus propios sentimientos de beneficiados agradecidos en el alma del poderoso que en sus proyectos y actos no se preocupa por su bien ni más ni menos que el sol al hacer irradiar su energía en el espacio se preocupa para nada de la Tierra. Augusto que da la paz al Imperio romano, Carlomagno que difunde la instrucción y hace vigilar por los *missi dominici* la administración y la justicia, Enrique IV que desea á cada uno de sus súbditos la gallina en el puchero dominical, Federico el Grande que se intitula á sí mismo el primer servidor del Estado, Alejandro II que decreta la abolición de la servidumbre,

no han perseguido todos ellos más que un solo y mismo objeto: hacer para ellos mismos el mando, la dominación más fáciles y más fructuosos, por consiguiente más agradables, perfeccionando su instrumento, es decir el Estado y sus instituciones, previniendo las malas voluntades de la muchedumbre y aumentando su fuerza contributiva, en una palabra procediendo como buenos propietarios que abonan sus tierras y la limpian de malas hierbas; ciertamente existen al lado de los hombres de voluntad y de acción, hombres de buen corazón que sueñan con la felicidad universal, hombres cuyos pensamientos y acciones tienen por objeto no su propio yo, sino el bien de la humanidad y que sienten la alegría más elevada en el propio sacrificio en bien de sus semejantes. Por doloroso que sea formular un juicio sobriamente severo acerca de estas figuras radiantes hacia las cuales todos alzan la mirada con la admiración y el amor más profundo, un análisis psicológico no debe pararse en sentimentalismos ni velar piadosamente sus resultados. Un cariño que se dirige no á individuos determinados, sino á una colectividad de desconocidos, á una abstracción sin personalidad, no es natural; los hombres que se inspiran en este sentimiento y se dejan guiar por él en sus acciones pertenecen á la categoría de los anormales; son místicos de emotividad morbosa y cuya vida instintiva presenta una perturbación más ó menos profunda; tan pronto aspiran á huir del mundo como se sienten sedientos de martirio. Son santos, reformadores, revolucionarios; fundan órdenes eclesiásticas, predicán el arrepentimiento, elaboran constituciones; en nuestros días crean asociaciones, van pronunciando conferencias, pero también tiran bombas y trama conspiraciones. No se trata en estos casos más que de héroes sinceros del amor al prójimo, de aquéllos cuya pasión altruista está pura de toda aleación de egoísmo consciente; que encuentren imitadores avisados que bajo el disfraz del amor á la humanidad, persigan objetivos de lucro, de vanidad ó de otras bajas codicias del mismo género es cosa que no necesita ninguna demostración, pero no trata-

mos ahora de estos hábiles impostores. En los casos más raros, la emotividad específica que es la premisa orgánica del altruismo que llega hasta el olvido de sí mismo, está asociada á la atención, al sentido de la realidad y al juicio. El amigo entusiasta de la humanidad no sabe ni por asomo casi nunca lo que la colectividad ó su mayor parte necesita realmente y se esfuerza hasta el sacrificio por remediar males que estando muy difundidos son incurables, ó que no se presentan sino muy excepcionalmente y no se sienten dolorosamente sino por muy contadas personas. Aportar una ayuda desinteresada aunque solo sea á unos pocos es también un gran mérito; pero por regla general, la actividad de los entusiastas filántropos pone sus miras más bien en dotar á la humanidad de nuevas posibilidades de felicidad que en sacarla de situaciones dolorosas; se aplican á satisfacer necesidades que casi nadie siente fuera de ellos y que han observado no en sus prójimos de los cuales quieren ser los bienhechores, sino en su propia alma anormal. Por un Dunant que funda la Cruz-Roja, por un Plimsoll que acaba con los fríos asesinatos en masa de marineros embarcados en navíos incapaces de navegar, pero asegurados por sumas importantes, por un fundador de colonias escolares de vacaciones, tenemos cien creadores de sociedades bíblicas, de asociaciones de misioneros, de movimientos en favor de la cultura ética, de comités de balcones y ventanas engalanadas con flores, de ligas para la supresión del salado quitándose el sombrero, asociaciones, movimientos, comités y ligas de los cuales pocas personas, excepto sus autores y correligionarios, comprenden ni la necesidad ni la utilidad. Los grandes altruistas no adquieren una influencia imperiosa sobre el hombre ordinario; la masa no se somete á su voluntad. No son capaces de imponer esfuerzos á muchedumbres obedientes y de obtener sus sacrificios. Sus pensamientos ó sus ensueños no llegan á ejercer un dominio poderoso sino cuando un egoísmo dotado de una voluntad enérgica, habituado á escoger sin escrúpulo sus medios, se apodera de ellos. Así es como políticos endurecidos que no

piensan más que en el interés de una clase predominante, realizan el seguro contra los accidentes y los retiros de vejez cuya idea ha sido concebida por los amigos desinteresados de los desheredados.

Obligada, bajo pena de sucumbir, á adaptarse á condiciones de existencia desfavorables, la especie ha desarrollado su sistema nervioso central hasta el punto de adquirir la facultad de la atención artificial y de llegar á ser capaz de elevarse hasta el conocimiento, de formular conclusiones exactas relativas á las causas y á los efectos, de concebir y de ejecutar actos sumamente complicados en vista de fines no inmediatamente sensibles, sino únicamente imaginados. Estas aptitudes varían de grado de un individuo á otro; una suma más elevada de atención, de memoria, de asociaciones, mayor rapidez y flexibilidad en el enlace y el desenlace de combinaciones de representaciones, una voluntad más enérgica en la emisión y la inhibición de impulsos motores, luego pues en último análisis una energía general más grande de la célula nerviosa constituyen para el individuo que la posee una superioridad sobre los que no poseen estas aptitudes en el mismo grado, y hacen necesariamente de aquél el amo de éstos.

Tales son las premisas psicológicas de todas las relaciones sociales entre los hombres cuyo establecimiento, consolidación, desarrollo y ruptura determinan los procesos históricos; de un lado una minoría de hombres superiores, del otro una mayoría de hombres ordinarios; aquéllos comprendiendo merced á su sentido de la realidad, á su conocimiento exacto de causas y de efectos, á su penetración de las relaciones necesarias de los fenómenos, que la forma de adaptación más fácil y más fructuosa consiste en la utilización egoísta, y aun si es necesario en el gasto completo de los demás hombres, por consiguiente en la explotación sin cuartel, en el parasitismo enérgico, y teniendo la inteligencia y la fuerza de voluntad para subyugar al rebaño humano mediante el halago, la impostura ó el mando, según que uno ú otro

de estos métodos promete el mejor éxito (1). Los otros, los hombres ordinarios, se someten consciente ó inconscientemente á los superiores y hacen esfuerzos que llegan á veces hasta el sacrificio de sí mismos, para asegurarles las mejores condiciones de existencia; para ellos la adaptación consiste en la obediencia á los que piensan y quieren en su nombre y les guían, es decir realizan las funciones más elevadas y más delicadas del cerebro para las cuales están organizados los de la mayoría de una manera mucho menos perfecta.

Estas relaciones entre el hombre superior que manda y dispone y el hombre ordinario que se somete y pone al servicio del primero cuanto tiene, no se presentan en su sencillez y su transparencia esquemáticas sino en las condiciones más primitivas. En ellas, la superioridad tiene que afectar al principio la forma de una fuerza muscular, de una destreza y de una intrepidez más grandes. El hombre superior tiene que poner á prueba sus títulos al mando por su puño y su maza, por su habilidad en la lucha, en el manejo de la honda y del arco, por la audacia de su ataque y por el éxito de sus astucias de guerra y obligar al hombre ordinario á someterse á su voluntad mediante una imposición personal directa y más tarde por su reputación de que es irresistible. En una fase de evolución un poco más adelantada, el hombre superior se impone al hombre ordinario, no ya golpeándole y asiéndole por el cuello, sino influyendo sobre él por medios intelectuales, haciéndole promesas halagadoras á largo plazo, inspirándole el terror por la pretensión de un poder sobrenatural, en una palabra, dándole ilusiones que provocan en él sentimientos de placer ó de desagrado y sometiéndole á su voluntad por la esperanza ó por la angustia (2). En esta fase de desarrollo el

(1) Maquiavelo. *El Príncipe*: «El mundo ha de ser gobernado por la fuerza ó por la astucia».

(2) Acerca del gran papel histórico de la ilusión véase entre otros, Jorge Adler: *Die Bedeutung der Illusionen für Politik und soziales Leben*. Berlin, 1908.

hombre superior ya no es un guerrero brutal, sino un sacerdote, un brujo, un mago, un orador popular.

En los progresos de la evolución, á medida que la familia se ensancha para convertirse en una tribu, un pueblo, que una sociedad se organiza, las condiciones se hacen cada vez más complejas y la acción del hombre superior sobre el hombre ordinario se realiza no ya directamente, de hombre á hombre, sino indirectamente con ayuda de instrumentos. Estos instrumentos son las tradiciones y las instituciones que no son á su vez sino la voluntad petrificada de hombres superiores anteriores. La ley del menor esfuerzo rige igualmente el trabajo de explotación del débil por el fuerte; éste quiere entregarse á su parasitismo con la mayor economía de esfuerzo posible, y lo consigue utilizando la asociación de ideas y la costumbre de la masa explotada. Obra sobre la primera con ayuda de símbolos, y la última le permite crear y utilizar instituciones permanentes que conservan automáticamente y sin que las más de las veces tenga él que intervenir, una sumisión ventajosa para él por parte de la muchedumbre.

El símbolo reemplaza el útil de violencia real y hace surgir en la conciencia gracias á la asociación de las ideas, representaciones en relación con este útil. El guerrero que había manejado la maza durante largo tiempo con un efecto mortífero, la deja á un lado y encuentra suficiente un arma de lujo simbólica cuyo aspecto evoca en la muchedumbre el recuerdo eficaz de las hazañas sangrientas realizadas con el arma real. Así es como la maza de combate se convierte en el bastón de mando que es uno de los objetos prehistóricos más antiguos; así es como las preseas que adornaban la cabeza del jefe y hacían reconocer en la batalla al guerrero más temible é inspiraban terror al adversario, se han convertido en la corona y así es como el jefe exige de las masas obedientes homenajes que son símbolos de la sumisión sin reserva después de la derrota, tales como reverencias, genuflexiones, la prosternación, los brazos extendidos hacia adelante ó cruzados ó levantados en alto, actitudes todas del vencido que

espera desarmado el golpe mortal de su vencedor y no puede esperar cuartel más que de su misericordia. El mago y el sacerdote que, por principio, no se dirigen más que á la imaginación de la muchedumbre, no poseen medios de coacción y no se sirven más que de símbolos que son todavía más frecuentes en la religión y en el culto y representan un papel más importante que en las instituciones del Estado. Como no existe entre los hombres superiores y los hombres ordinarios diferencia de esencia, sino únicamente una diferencia de grado y de cantidad y como la vida intelectual se realiza en unos y otros según las mismas leyes, sólo que con una energía diferente, no es extraño que el símbolo acabe con el tiempo por obrar fuertemente no sólo sobre el que obedece sino también sobre el que manda y que provoque también en éste asociaciones de ideas que no debería hacer surgir más que en aquél. A pesar del sentido de la realidad que conocemos ya como su facultad más saliente, el hombre que manda no puede dejar de asociar á los atributos del poder soberano, de las dignidades supremas del Estado y de la clase directora, estas representaciones semiconscientes de veneración y de temor, acompañadas de emociones intensas que dichos atributos tienen que provocar en el súbdito, y estimar los símbolos de la sumisión en el mismo precio que su tributo práctico utilizable. El héroe ó el conquistador de la historia primitiva blande su maza y este gesto amenazador le procura rebaños, mujeres, esclavos, terrenos de caza y todo lo que puede desear. El soberano civilizado se presenta con su corona y su cetro y recibe gestos de homenaje, y estas ofrendas puramente simbólicas no dejan de agradarle casi tanto como la lista civil, no sólo porque los homenajes son la condición previa de la recaudación exacta de la lista civil, sino también porque por sí mismos le procuran sentimientos de placer. Los reyes no dejan de experimentar hacia las órdenes y los títulos que ellos mismos crean menos respeto que aquéllos á quienes se los confiere y que la muchedumbre hormigueante por bajo de éstos, y no ya sólo los reyes que son los herederos ya lejanos del fun-

dador de su dinastía y no hubieran sido nunca capaces de elevarse al rango supremo por el vigor de sus propios puños y la fuerza de su propio espíritu, sino también aquéllos que como Napoleón I, han sido los propios autores de su grandeza.

Hemos visto más arriba que todas las instituciones políticas tienen sus raíces en el deseo del hombre de violencia de tendencias parasitarias de asegurarse la explotación cómoda de la muchedumbre. Así es como han sido instituidos el séquito armado, los guardias de corps, una casta guerrera, una clase privilegiada ó noble, impuestos regulares, el aparato de su recaudación, una administración pública, la justicia distributiva, la instrucción, las vías de comunicación, etc. Todas estas instituciones sobreviven á su creador y el hombre de la masa que las encuentra al nacer y que nunca ha conocido un estado en que no existan, se adapta á ellas física y moralmente de una manera tan completa que las convierte en un elemento constitutivo inseparable de la imagen que él se hace del mundo y que ya no se puede representar á éste sin aquéllas. La costumbre de la muchedumbre de vivir dentro y con las instituciones en medio de las cuales se ha nacido, queda por mucho tiempo siendo su sostén seguro y casi inquebrantable. La precocidad y la solidez con las cuales las costumbres se organizan en la muchedumbre vulgar, el miedo misoneísta que la inspira toda perturbación causada á sus costumbres, la resistencia obstinada, firme como el granito, que opone á las tentativas de cambiarlas garantizan la duración á las instituciones que llevan ya algún tiempo de vida. Sin conocer el mecanismo psicológico de este fenómeno, sin saber una palabra de adaptación, de asociaciones organizadas, de misoneísmo, Aristóteles ha reconocido este hecho empíricamente por la simple observación de la realidad y lo ha expresado claramente en estos términos: «Para imponer la obediencia, la ley no posee otra fuerza más que la de la costumbre» (1). La muchedumbre no

(1) *Política*, II, 5.

posee el sentido histórico; esto ha sido igualmente demostrado en las páginas anteriores; no conoce nada acerca de los orígenes de las instituciones y no se le importa nada; su incapacidad para descubrir relaciones invisibles, para remontarse algo lejos á las causas de los fenómenos y seguir sus efectos, le hace considerar todas las instituciones existentes como algo que está dado y cuyos principios se pierden en un misterio tan incognoscible como los de la humanidad, la tierra y la naturaleza entera. La masa se queja quizá de estas instituciones, como se queja del frío del invierno, del granizo y de la tempestad, pero se resigna á ellas como á todo lo que es ineluctable; la obscuridad de sus orígenes les confiere un carácter místico que gracias al mecanismo psíquico del pensamiento analógico, asociá á su representación emociones religiosas. Por esto les es fácil á los sacerdotes que son generalmente los servidores celosos del poder político y solo por excepción son sus adversarios, proclamar las instituciones existentes como queridas y creadas por Dios mismo y rodearlas con la aureola de lo sobrenatural y exigir con respecto á ellas amor y veneración. La instrucción pública allí donde ya existe, contribuye por su parte á educar á la juventud en las mismas ideas. La necesidad de las instituciones existentes se convierte en artículo de fe ya sea enunciado dogmáticamente, ya sea demostrado sofisticamente valiéndose de argumentos falaces inventados con esa intención por espíritus acomodaticios. Todas las influencias morales á las cuales está entregada la masa cooperan en vista de inculcarla la idea que toda crítica de las instituciones existentes es una blasfemia, una tontería, una prueba de ignorancia ó de locura, y toda tentativa para cambiarlas ó suprimirlas es un crimen contra la tranquilidad, la seguridad y la felicidad de cada ciudadano en particular.

El hombre superior cuenta con la costumbre organizada de la masa media. En una organización política antigua, consolidada, acabada, su egoísmo se satisface con ayuda de medios diferentes á los que emplea en las condiciones sim-

ples de las épocas primitivas y de la barbarie. No blande ya su maza sobre la cabeza de cada individuo que quiere subyugar, ni hace siquiera difundir el terror por sus servidores armados; se apodera tan solo de la máquina política y adquiere así de un solo golpe todo el poder que no hubiera conquistado sobre una muchedumbre no organizada sino por una larga serie de violencias inmediatas sobre individuos aislados. Perturba lo menos posible las costumbres de la masa; lo que hace es servirse de ellas para sus fines.

El egoísmo parasitario del fuerte afecta las formas más diversas y recorre, según la medida de su energía, todos los grados, desde los bajos goces, pasando por la rapiña, la vanidad, la ambición, hasta la pasión del poder y esa hipertrofia del yo, fase preliminar de la locura de grandezas, que hace intolerable el solo pensamiento de una resistencia, de un límite á su poder absoluto, de una superioridad ajena. Hay quien se contenta con pequeñas satisfacciones y trata de obtener por la flexibilidad, por la adaptación á las particularidades psíquicas de los hombres encargados de la guardia del poder público, el acceso de éste; es el tipo del arrivista que en la escuela conquista el favor del maestro por la adulación y el espíritu obsequioso, que halaga las manías estudiadas de los profesores que han de examinarle, que, cuando es funcionario, se convierte en cortesano de su jefe y consigue por convites, intrigas é influencias femeninas llegar á la Academia, á obtener títulos y distinciones y muere en la piel de un sostén del Estado y de la sociedad, considerado, influyente, rodeado por sicofantes ladinos y por todos envidiado.

Otro lleva miras más elevadas: quiere llegar al punto en que se distribuyen los favores en vez de recibirlos. En la monarquía absoluta se insinúa en la tertulia del soberano, la estudia, trata de hacerse indispensable, dicho de otro modo, de apoderarse de su voluntad y utilizarle como ejecutor de sus propios designios. En una democracia moderna se coloca en primera línea en las reuniones públicas y haciendo un llamamiento á los sentimientos y prejuicios de la masa, emplean-

do promesas, haciendo brillar ilusiones á los ojos de la masa, se esfuerza por impresionarla, por obtener sus votos, por asaltar el recinto del círculo interior de las personalidades directoras; persigue este trabajo en los Parlamentos hasta que llega á ser ministro, jefe de partido, ó tratándose de una República, jefe del Estado. Otros aún, los más raros á la verdad, no se acomodan con satisfacciones parciales y limitadas; no se contentan con menos que el poder supremo; su método no consiste ya ó no consiste principalmente en la flexibilidad, en la adaptación con respecto á los hombres, sino de nuevo en la violencia bajo su forma aproximadamente prehistórica: sedición, motín, rebelión militar, dictadura, golpe de Estado. Son, en pequeño, los Nicolás de Rienzi, los Jack Cade, los Masaniello, en grande y en muy grande, los Oliverio Cromwell, los Washington, los Napoleón I y III, los Luis Kossuth. En otro dominio, en otras esferas de actividad, el exceso de fuerza orgánica del hombre de voluntad y de acción, del hombre explotador, se afirma amontonando riquezas por medio de operaciones de Bolsa, de lanzamientos de negocios, de creaciones de trusts, de tarifas, de monopolios. Los financieros poderosos manejan á la muchedumbre con arreglo á las mismas reglas de gimnástica psíquica que los políticos, los cortesanos, los hombres de violencia militares. Comienzan por evocar ilusiones y por embriagar á los más débiles con sentimientos de placer, luego cuando ya son más poderosos, intimidan á unos, suscitan con recompensas y promesas la codicia de otros, recaban por medio de participaciones sabiamente graduadas adhesiones útiles y construyen debajo de ellos la pirámide humana cuya cima escalan pasando por encima de espaldas, de hombros y de cabezas. Los conquistadores del oro pertenecen á la familia de los demagogos, de los jefes de partido, de los erigidores de tronos; no se distinguen de ellos más que por diferenciaciones psíquicas cuya descripción detallada no corresponde á este sitio. Pero los parientes pobres de la misma familia, los primos fracasados son también los criminales profesionales que se con-

tentan con la explotación más indigente y menos provechosa, porque tienen sin duda la pasión parasitaria, pero no poseen el grado de cultura intelectual y el arte de vivir y no llenan las condiciones sociales requeridas para poder satisfacerla en una medida más grande y en un estilo más elevado.

El esquema de todas estas actividades y carreras es siempre el mismo. Un hombre mejor dotado orgánicamente bajo un aspecto cualquiera se sirve ó abusa de su superioridad para someter á los demás á su voluntad y acaparar los frutos de su trabajo, hasta para agotarlos enteramente en su provecho ó para sus propios placeres. Según la medida y el género de su superioridad, les subyuga por la imposición, por el prestigio, por la ilusión ó por la grosera impostura. Se sirve para sus fines de todas las instituciones políticas y sociales que están á su alcance. Para citar algunos ejemplos: el político se sirve del parlamentarismo como de un escabel para subir desde secretario de un diputado, reporter parlamentario, ó desde secretario improvisado de una reunión pública, á miembro de un comité electoral, luego diputado, jefe de partido, ministro; el sabio halla en la organización universitaria y académica el instrumento que emplea para llegar á una situación y á una autoridad que pueden ser independientes de sus méritos científicos; el financiero emplea el mecanismo de la Bolsa y de las sociedades por acciones para canalizar hasta su caja las pequeñas fortunas de la masa y para fundirlas en su gran riqueza; el mismo criminal dispone de organizaciones que le facilitan sus fechorías, tales como la Maffia, la Camorra, la Mano Negra, las cuadrillas de ladrones y desbaliadores de las casas de las grandes ciudades é internacionales en las cuales la división del trabajo es extremada, y así por el estilo.

Todas las instituciones consideradas bajo su aspecto psicológico son costumbres organizadas de los hombres; están encarnadas en cerebros humanos fuera de los cuales no tienen sitio ninguno. El hombre superior tiene pues que apoderarse de los hombres por su costumbre y esforzarse por vol-

ver ésta en su provecho. Puede adaptarse á ella ó tratar de modificarla; el arrivista de bajo vuelo se adapta: Rabagas adquiere un nombre y conquista la influencia como revolucionario y una vez ministro se hace reaccionario; la personalidad poderosa modifica la costumbre: Robespierre encuentra un pueblo monárquico y le conduce á arrastrar á la parea real al patíbulo. Hay sin embargo costumbres tan profundamente arraigadas, tan sólidamente organizadas que ninguna fuerza individual bastaría para triunfar sobre ellas y contra ellas. Cromwell no pudo destruir la costumbre de lealismo del pueblo inglés que, inmediatamente después de su muerte, hizo la Restauración posible; Napoleón no pudo vencer la costumbre religiosa del pueblo francés ni evitar el contrato de un Concordato con Roma. Si surgiera en los Estados Unidos un negro de genio poderoso que poseyera las capacidades militares de un Napoleón, la habilidad diplomática de un Cavour, la elocuencia de un Gladstone, la fuerza de voluntad de un Bismarck, no podría jamás llegar á ser el primero en su país puesto que la costumbre del odio de razas se mostraría aún más poderosa que su genio. Un judío, converso ó no, no podría llegar á ser en la Rusia actual el creador de un movimiento colectivo como lo ha sido Lassalle en la Alemania de los años 1850 y 1860, ni lograr el puesto de primer ministro como Disraëli en Inglaterra. Cuantas veces una personalidad cualquiera quiere subyugar á los demás á su voluntad, se produce un choque entre esta voluntad y las costumbres que están en oposición con ella, y cuanto más estas costumbres son profundas, generales y esenciales, más poderosa tiene que ser la voluntad que trata de vencerlas hasta que haya alcanzado una fuerza-límite que ninguna voluntad individual ha podido nunca rebasar: Napoleón I ha sido una de las voluntades más poderosas que la especie haya producido hasta ahora, y sin embargo contemporáneos tan débiles como Alejandro I, Francisco II, Federico-Guillermo III, Jorge III han acabado por vencerle porque se han apoyado sobre las costumbres de toda la Europa no francesa y han podido exigir

y obtener de sus pueblos esfuerzos que hasta las fuerzas intelectuales de un Napoleón han sido incapaces de paralizar.

Conviene al llegar aquí disipar una mala inteligencia posible. No se ha tratado hasta aquí más que del explotador que se eleva por encima de los demás para hacerles servir á la satisfacción de sus deseos. Ni una sola palabra se ha dicho acerca del ambicioso noble que aspira al poder y á la influencia por amor á la humanidad y sólo tiene un sueño: hacer el mundo mejor, más bello, más feliz. La razón de esta omisión aparente es que la expresión de hombre superior ha sido empleada aquí en un sentido puramente biológico, no ético; debe designar únicamente el individuo dotado de una energía orgánica más grande que la de la masa media, sobre todo en lo que concierne á la esfera del juicio y de la voluntad. Ahora bien, el hombre superior así definido se sirve egoístamente de su superioridad para su propia ventaja, y no de una manera desinteresada para el bien de los demás. Este hecho es ciertamente doloroso para los que buscan en la historia el gobierno de un ideal moral, pero no deja de ser un hecho de observación que no admite excepción.

Los filántropos desinteresados no son arrivistas; no tienen ambición; son incapaces de hacer los esfuerzos necesarios para obligar á la fuerza á la masa á someterse á su voluntad. No obran más que por el ejemplo y por la palabra. Viven como ermitaños, como ascetas, como predicadores tal Budha Çakya-Muni, son crucificados como Cristo y para citar ejemplos menos elevados: los queman como á Savonarola, los ahorcan como á Brown el adversario de la esclavitud de los negros. La influencia de estos hombres que quieren aportar la salvación á los humanos, obra, como ya lo he mostrado más arriba, por el intermediario de otros, de discípulos de voluntad fuerte que trabajan en vista de una recompensa, real ó imaginaria, terrestre ó celeste, de soberanos y de políticos que hallan en la doctrina de salvación un elemento de utilidad para su egoísmo. Los raros casos de poderosos que se han servido de su poder para hacer el bien de los súbditos